

La condición utópica del territorio devastado en *El año del desierto* de Pedro Mairal¹

The Utopian Condition of the Devastated Territory in El año del desierto by Pedro Mairal

GABRIEL ALEJANDRO SALDÍAS ROSSEL
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO (Chile)
gasaldia@gmail.com

CAROLINA ANDREA NAVARRETE GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD DE LA FRONTERA (Chile)
carolina.navarrete@ufrontera.cl

Resumen: el presente artículo aborda el fenómeno de la utopía en la literatura catastrofista contemporánea latinoamericana a partir de un examen de la novela argentina en *El año del desierto* (2012) de Pedro Mairal, centrado en la representación espacial del territorio y los cambios que en éste acontecen producto de la catástrofe. Se plantea que la condición utópica del territorio devastado no es de carácter conceptual, sino funcional y que pone el foco en experiencias de movilidad, desterritorialización, reterritorialización y multiterritorialidad a través de un análisis detallado de la evolución del espacio y las formas de habitarlo presentes en la novela.

Palabras clave: Pedro Mairal, territorio, devastación, catástrofe, utopía

Abstract: The present article analyzes the phenomenon of utopia in contemporary Latin American catastrophist literature through a detailed account of the spatial representation of the territory in the Argentinian novel *El año del desierto* (2012) by Pedro Mairal, particularly tackling the changes that happen within it as a result of the catastrophe. In this analysis, we posit that the utopian condition of the devastated territory is not conceptual, but rather functional, and that it focuses on experiences of mobility, deterritorialization, reterritorialization and multiterritoriality that uncover the different ways in which space evolves and the different possibilities of inhabiting such a space.

Keywords: Pedro Mairal, Territory, Devastation, Catastrophe, Utopia

¹ Este artículo agradece el apoyo de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo ANID y al Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico FONDECYT a través del proyecto Fondecyt de Iniciación número 11190799, investigadora responsable Dra. Carolina A. Navarrete González.

Dentro de la producción de narrativa latinoamericana reciente es posible detectar una creciente tendencia abocada hacia retratar distintos tipos de desastres y experiencias de catástrofe (Fabry, 2010; Becerra, 2016; Mercier, 2018), en un sentido bastante amplio del término. Especialmente durante los últimos quince años, novelas como la trilogía del argentino Rafael Pinedo (*Plop*, [2004], *Frío* [2004] y *Subte* [2006]), *El asombro* (2013) de Juan Mihovilovich (2013), *El insoportable paso del tiempo* (2016), de Francisco Rivas, *No tendrás rostro* (2013) de David Miklos y *Acercas de Suárez* (2016) de Francisco Ovando, entre muchas otras, se acercan a la experiencia de la carencia y el sufrimiento en escenarios donde las comodidades y privilegios (pos)modernos de un mundo globalizado y capitalista se han desmoronado hasta quedar convertidas en ruinas.

El que la experiencia del desastre encuentre en la literatura un canal ideal para expresar preocupación ante crisis de diverso tipo no es algo nuevo. Durante las décadas de 1940 y 1950, el género catastrofista anglosajón vio un importante auge a raíz de la Segunda Guerra Mundial, de la que se desprendieron múltiples narrativas robinsonianas orientadas hacia la “refundación, la posibilidad de un nuevo origen, de la génesis de una humanidad renovada” (Domingo, 2008: 141). De igual manera, las múltiples crisis que durante los últimos 20 años se han gestado en Latinoamérica sin duda han potenciado un nuevo resurgimiento de las narrativas del desastre: “A nuestro modo de ver, el imaginario apocalíptico está presente en tantos textos de la ficción hispanoamericana posterior a 1970 porque esta tradición parece ser la única que hace justicia a la violencia de la América Latina dictatorial y posdictatorial” (Fabry y Logie, 2010: 16). Refiriéndose al caso argentino, en particular, Elsa Drucaroff, en su ensayo “Narraciones de la intemperie” (2013: s/p), puntualiza que, más allá de la experiencia posdictatorial propia de los años ochenta, el contexto de producción que corresponde a las nuevas narrativas de la catástrofe tiene que ver directamente con la precarización económica nacional producto de la crisis económica del 2001 en la Argentina y el desplome del modelo neoliberal de mercado: “esta certeza es generacional y no es arbitraria, proviene de la experiencia de los que nacieron por lo menos en los últimos 35 años” (2013: s/p). Esta perspectiva estaría respaldada por una convicción pesimista de carácter distópico que va más allá de la denuncia posdictatorial “el descreimiento en el futuro, la convicción de que todo cambio ha de ser para mal” (2013: s/p). Desde esta óptica, la catástrofe literaria parece motivar reflexiones de carácter urgente que abogan por una resignación de carácter existencial, o proponen salidas optimistas aún no explicitadas entre las ruinas de lo que fue el mundo antes de la devastación: “it’s not simply the fatalistic vision of a violent end but also a new beginning. Apocalypse might open up the possibility of revelation and a transformed world” (Garforth, 2018: 109).

Esta ambivalencia entre la destrucción absoluta y la transformación social ha dado cabida a múltiples interpretaciones del potencial “creativo” existente tras la catástrofe. Claire Mercier, por ejemplo, enmarca la experiencia poscatástrofe de la narrativa latinoamericana contemporánea en los confines genéricos de la imaginación distópica, estableciendo que “la distopía tendría más bien que ver con la reelaboración del pasado en relación con la proyección futura de un cierto ideal utópico” (2019: 117), anidando este “cierto ideal utópico” en un proceso

de reconfiguración imaginaria de lo que la sociedad fue y/o podría llegar a ser en un nuevo escenario postapocalíptico. En términos similares se expresa Eduardo Becerra, quien señala que: “estas novelas se anclan al mismo tiempo en referentes muy específicos de la historia latinoamericana reciente, trayendo a la ficción las ruinas de un periodo que pobló a América Latina de espejismos e imágenes virtuales más que de elementos reales” (2016: 26).

De esta forma, la catástrofe es usualmente interpretada como un motor de urgencia para pensar y repensar el *statu quo* inoperante que ha llevado a la destrucción de la sociedad a través de la proyección de diferentes ideales utópicos. Sin embargo, aludir a la dimensión utópica en escenarios postapocalípticos requiere de especial cautela, pues, en cuanto expresión de un “sueño social” (Sargent, 1994: 1), las utopías deben ser concebidas como expresiones derivadas de voluntades, tanto a nivel intra como extratextual (6): proyectos que nacen de un deseo de manifestar “*an imaginary community [...] in which human relations are organized more perfectly than the author’s community*”² (Suvin, 1973: 128). Este planteamiento básico de la imaginación utópica entra en directo conflicto con la experiencia de la catástrofe, si es que atendemos a la misma como lo describen Aradau y Van Munster en *Politics of Catastrophe*: “the intensification of disaster on a gradual continuum of destruction. Catastrophes are worst case scenarios” (2011: 5).

Si entendemos el impulso utópico como una expresión del deseo por un mejor futuro, es innegable que éste ha de verse tensionado por las situaciones incontrolables e impredecibles que configuran escenarios de catástrofe, representados fundamentalmente en el sustrato material a través del cual subsiste o se manifiesta el orden social: carencia de recursos, falta de estabilidad geopolítica, problemas de identidad y cohesión social, etc.³ En suma, la catástrofe no sólo reconfigura el mapa imaginario de la utopía, sino sus posibilidades concretas de manifestarse en escenarios de precariedad extrema.

De esta forma, no podemos referirnos a la condición utópica de la catástrofe sin atender, en primer lugar, a las limitaciones físicas y materiales que ésta impone sobre los contextos en los que se manifiesta. Así, lo primero que toda catástrofe impacta es la configuración del espacio habitado, dado que los efectos de ésta inevitablemente alteran el territorio de maneras imprevistas, afectando los sistemas de vida establecidos y su potencial proyección: “Catastrophes are unexpected, unforeseen and may radically break with the present. This break, however, need not necessarily be rendered as something negative but could also provide a new beginning. More than disaster or risk, catastrophe brings out the political issues that surround the invocation of imaginaries of the future” (Aradau y Van Munster, 2011: 6).

En atención a este fenómeno, sería factible plantear que la catástrofe impone sobre los seres humanos condiciones dinámicas, espontáneas e imprevisibles que impiden o al menos dificultan considerablemente la proyección de ideas o ideales utópicos preconcebidos sobre un territorio

² Cursivas en el original.

³ Ernst Bloch apunta algo similar en torno a la relación existente entre precariedad e impulso utópico al indicar que el hambre sería el principal motor del anhelo humano por un mejor porvenir. (1995: 65).

fuertemente desestabilizado. Incluso, es posible considerar que éste, en cuanto espacio alterado y reconfigurado, bien puede resistirse a imposiciones ideológicas, generando territorios apócrifos, híbridos y mutantes, incapaces de canalizar adecuadamente sueños sociales “obsoletos”. Si hablamos propiamente de posibilidades utópicas en escenarios postapocalípticos, la catástrofe nos fuerza a proceder de manera inversa a lo acostumbrado, extrayendo del nuevo territorio devastado las avenidas potenciales de expresión de la esperanza humana. La pregunta que concierne a las nuevas narrativas catastrofistas latinoamericanas, por lo tanto, no es necesariamente en torno al contenido de la utopía después de la catástrofe, sino a su modo de expresión en la capacidad adaptativa del ser humano contemporáneo a territorios hostiles, impredecibles e inestables.

Con esta premisa en mente, a continuación problematizaremos la expresión del impulso utópico en la narrativa latinoamericana catastrofista a partir del análisis de las condiciones espaciales impuestas por el fenómeno de la catástrofe en la novela *El año del desierto* del escritor argentino Pedro Mairal, planteando que a partir de la experiencia catastrófica descrita se impone una lógica desterritorializadora sobre el ser humano, que condiciona sus posibilidades de proyección futura a factores socio-territoriales indeterminados, forzando el impulso utópico a adaptarse y encontrar avenidas de expresión acordes con condiciones espaciales cambiantes e impredecibles. El análisis considera un marco teórico mixto, que incluye definiciones del campo de la geografía y la arquitectura, cruzándolas con reflexiones de carácter filosófico y político en miras de proponer una reinterpretación del impulso utópico literario a partir de la representación territorial en escenarios de devastación absoluta.

Del territorio al espacio: habitar en la meseta

El año del desierto, publicada originalmente el año 2005 por el argentino Pedro Mairal, representa un caso de estudio particularmente interesante para abordar el fenómeno de la catástrofe y sus implicaciones utópico-territoriales. Parte de la denominada “nueva narrativa argentina” (Drucaroff, 2013), la obra de Mairal ha sido calificada alternativamente como “ficción especulativa” (Schroeder, 2013: 30), “novela fantástica” (Dabove y Hallstead: vii) y como “*rewound bildungsroman*” (Zimmer, 2013: 374), atendiendo a las diferentes técnicas narratológicas empleadas por el autor para construir una anécdota estructurada a partir del punto de vista de una única narradora, la bonaerense María Valdés Neylan, quien “asiste a la dramática desaparición de su nación, narrando en una especie de constante y radical ‘ir hacia atrás’, la historia de retroceso identitario que vive, y a través de este, el de toda la historia de Argentina” (Schroeder, 2013: 28), representando una catástrofe paulatina y graduada en el tiempo, experimentada de manera progresiva a lo largo de un año cronológico.

La catástrofe en cuestión es identificada como “la intemperie”, un acontecimiento natural de origen desconocido que de manera acelerada comienza a “deconstruir” la ciudad de Buenos Aires y a reemplazarla por el desierto, dejando a su paso inicialmente ruinas y, finalmente, sólo un espacio natural carente de cualquier impronta humana. En este trayecto hacia atrás, la protagonista experimenta las diferentes “etapas” de la composición territorial del

Estado nacional argentino, y finalmente abandona “un lugar que ya no (todavía no) se llamaba Argentina” (Dabove y Hallstead, 2012: x).

La novela evidencia un devenir —el de la ciudad en desierto— que en última instancia se presta, como lo hacen Dabove y Hallstead en su interesante estudio preliminar de la edición del año 2012 de la novela, para ser interpretado como una alegoría nacional de las diferentes crisis argentinas del siglo XX (xii); sin embargo, resulta interesante atender al hecho de que la forma en que la intemperie vuelve sobre la historia del país es a través de la reconfiguración de los límites geográficos que definen y delimitan el espacio que ha de ser comprendido como Buenos Aires: a modo de palimpsesto, la intemperie reescribe constantemente las fronteras estables de la ciudad y la provincia, propiciando el retroceso histórico que constituye la anécdota del relato: “En la pared del descanso, el hermano de Irene fue marcando el avance de la intemperie según lo informaban los noticieros. Ahora había llegado al kilómetro 30 y enumeraban las zonas afectadas ‘San Antonio de Padua, El Talas de Pacheco, González Catán, Bella Vista...’” (Mairal, 2005: 48).

La transformación de Buenos Aires se ejecuta a partir de la desestabilización del eje político-geográfico de delimitación territorial de la ciudad, según el cual “el territorio es concebido como un espacio delimitado y controlado a través del cual se ejerce un determinado poder, la más de las veces —aunque no exclusivamente— asociado con el poder político del Estado” (Haesbaert, 2011: 35). Interesa recalcar esta dimensión del territorio narrativo, pues pone el énfasis sobre el entramado material del espacio habitado y el control que el ser humano pretende ejercer sobre éste. En la medida en que se habla de Buenos Aires, se identifica un territorio específicamente “argentino” que es producido y mantenido por voluntades políticas diversas. El así llamado “proceso de desfundación” (Schroeder, 2013: 28) de la nación, sobre el que también reposa la interpretación alegórica de la obra, debe ser comprendido entonces como una consecuencia de la pérdida de poder del ser humano sobre el espacio que habita, proceso que, en sí mismo, también puede ser interpretado políticamente en relación con el accionar de la naturaleza:

“Power” can be ascribed to properties of nature as much as to those of mankind, such as the manifold power of the environment over human communities. [...] “Power” in a general sense can provisionally be defined as the ability to create, destroy, consume, preserve or repair [...] It is in a creative tension with these fundamental transformative and preservative powers that human history has unfolded. (Blackburn, 1990: 185-186)

Esta posición nos permite exceder la lectura alegórica de la obra, considerando la intemperie como un fenómeno esencialmente natural, con consecuencias políticas que exceden la prefiguración territorial de la nación argentina.⁴ Si

⁴ Resulta inevitable en este punto referirse al intertexto obligado de la narración: *Facundo* (1845) de Juan Faustino Sarmiento. La división entre dos estratos argentinos, uno civilizado y otro bárbarico, constituye uno de los relatos fundacionales más importantes de la nación argentina, pues representa el ordenamiento jerárquico del binarismo que Mairal deconstruye a través de su alegoría en retroceso: “el desierto, la pampa, *locus* y sinécdoque de la barbarie americana, en su

atribuimos una “voluntad” al fenómeno natural, al menos en términos de explicar su condición y la lógica interna de su proceder dentro de la narración, éste buscaría eliminar el Estado-nación argentino, comprendiendo este fenómeno como una inversión del proceso de territorialización según lo describe Claude Raffestin a partir de Lefebvre: “O território se forma a partir do espaço, é o resultado de uma ação conduzida por um ator sintagmático (ator que realiza um programa) em qualquer nível. Ao se apropriar de um espaço, concreta ou abstratamente (por exemplo, pela representação) o ator ‘territorializa’ o espaço” (1993: 143).

Es este movimiento progresivo del territorio civilizado a fuerza de semantización histórica y metarrelatos de carácter nacional, hacia un espacio incierto, lo que configura el eje de la catástrofe en la obra de Mairal: la progresiva pérdida de control del ser humano para determinar el espacio en el que habita. Al contrario de la interpretación alegórica, entonces, pareciera que la urgencia catastrófica no pasa necesariamente por la disolución de la identidad nacional, la que sería más bien una indeseada consecuencia, sino por la pérdida de control y acceso al espacio físico determinado como “propio”, pérdida que es expresada frecuentemente a través de imágenes de creciente inestabilidad física y emocional.

Nunca queda esta desesperación ante la precariedad mejor expresada que en las palabras de Laura, compañera de habitación de María durante los primeros días de la catástrofe: “Decía que la intemperie iba a llegar tarde o temprano y nos íbamos a quedar en la calle y nos iban a degollar o a violar o nos iba a agarrar la policía militar y nos iban a tirar al río desde un avión, atadas a un bloque de cemento” (Mairal, 2012: 56). Esta cita, de manera muy precisa y sucinta, expresa la desesperación frente a la crisis argentina del año 2001 que referencialmente inicia la experiencia de la catástrofe a través del miedo a “quedar en la calle”, para luego retroceder, en una suerte de genealogía del trauma, hacia el recuerdo del terror colectivo ante los “vuelos de la muerte” característicos de la última dictadura militar.

Desde el punto de vista de los personajes de la novela, la intemperie se experimenta como un proceso de desplazamiento forzado, de expulsión, a través del cual la población de Buenos Aires se ve obligada a migrar constantemente, no sólo a través del espacio, sino del tiempo.⁵ Es lo que le sucede a María, quien desde que la intemperie la forzara a abandonar su departamento en el centro de la ciudad, nunca deja de moverse, asentándose sólo momentáneamente en diferentes “hitos” del transcurso histórico argentino que van desde la ciudad hasta el desierto. En la ciudad misma, María se define en función de trabajos cada vez más precarios, comenzando como secretaria de clase media del siglo XX, para convertirse eventualmente en enfermera, modelo (involuntaria) de fotografías y funcionaria de aseo en un hotel para inmigrantes. Sin embargo,

lucha multiseccular contra la ciudad, a su vez locus y sinécdoque de la civilización europeizante” (Dabove y Hallstead, 2012: xxv).

⁵ Para un análisis sobre la condición temporal en la obra, ver: Montoya Juárez, Jesús (2016) “Hacia una arqueología del presente: Cultura material, tecnología y obsolescencia”; Campisi, Nicolás (2019) “El retorno de lo contemporáneo: crisis e historicidad en El año del desierto de Pedro Mairal”.

alrededor de la mitad de la novela, camino a lo que fuera su casa de infancia en los suburbios de un Buenos Aires cada vez más descompuesto, cruza el umbral del territorio definido y se adentra por primera vez en la indeterminación física del espacio indefinido: “La intemperie había arrasado con casas a la altura del barrio de Núñez y, en Belgrano, aparecían algunos huecos. Las calles cerca de la estación estaban tapadas de tierra. En Vicente López empezaba el descampado, se veían los baldíos. De vez en cuando había alguna quinta con terrenos labrados, pero en general había maleza y montañas de escombros” (Mairal, 2012: 134).⁶

A partir de este cruce simbólico del umbral territorial, todos los siguientes roles que la protagonista asume la posicionan en calidad de objeto, primero como prostituta y luego como cautiva de bandidos e indígenas. Esta pérdida progresiva de la capacidad de autodeterminación de la protagonista se produce de manera inversa al avance de la intemperie sobre la ciudad, estableciendo una oposición reveladora entre la capacidad del sujeto de definirse a sí mismo, contra la libertad del espacio físico que busca permanecer indeterminado, siendo representado como abierto, múltiple y potencial, caracterización que coincide con la conocida definición de rizoma de los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari:

Las multiplicidades se definen por el afuera: por la línea abstracta, línea de fuga o de desterritorialización según la cual cambian de naturaleza al conectarse con otras [...] La línea de fuga señala a la vez la realidad de un número de dimensiones finitas que la multiplicidad ocupa efectivamente; la imposibilidad de cualquier dimensión suplementaria sin que la multiplicidad se transforme según esa línea; la posibilidad y la necesidad de distribuir todas esas multiplicidades en un mismo plan de consistencia o de exterioridad, cualesquiera que sean sus dimensiones. (2004: 14)

Es importante detenernos sobre la conceptualización que Deleuze y Guattari realizan del rizoma, pues de ésta se desprende la desterritorialización como sistema de ordenamiento espacial y simbólico. La mirada de los filósofos franceses hacia la multiplicidad apunta a considerar no las “líneas segmentadas” que conforman la significación, sino las “líneas de fuga” que le exceden, propiciando con esto una mirada abierta a quebrar jerarquías arborescentes en pro de órdenes abiertos y entrópicos. “Desterritorializar”, por lo tanto, implica ir más allá de las dimensiones conocidas y organizadas del espacio hacia aspectos aún no determinados por la experiencia de la significación, o, en otras palabras, “ampliar nuestro territorio por desterritorialización, extender la línea de fuga hasta lograr que englobe todo el plan de consistencia en una máquina abstracta” (2004: 17).

Si bien la terminología de Deleuze y Guattari abarca mucho más que sólo la dimensión material del espacio, también es cierto que la determina. En este punto, resulta fundamental la imagen de la meseta: “Una meseta no está ni

⁶ Es posible abordar la descomposición descrita en la novela en relación con una abolición del “espacio público” en Buenos Aires, que, desde Sarmiento, buscaba trascender la barbarie de la ciudad colonial y la pampa para proyectar fantasías sobre el establecimiento de una ciudadanía. Adrián Gorelik, en *La grilla y el parque* (1998), traza los debates (entre 1887-1936) sobre el poder reformista de los parques y la grilla urbana de Buenos Aires como un espacio de transformación de la nación entera.

al principio ni al final, siempre está en el medio. Un rizoma está hecho de mesetas [...] una región continua de intensidades, que vibra sobre sí misma, y que se desarrolla evitando cualquier orientación hacia un punto culminante o hacia un fin exterior” (2004: 26). La meseta constituye el espacio de la desterritorialización en donde la segmentaridad de las fronteras no puede hacerse presente; espacio que resulta análogo a la descripción que Mairal hace de la intemperie una vez que María abandona definitivamente cualquier rastro de lo que fuera la ciudad de Buenos Aires: “Ver el campo abierto así de golpe y empezar a meterse daba miedo. Era como entrar en el mar, como alejarse de la costa sin salvavidas. Luma no decía nada. Después de pasarse meses dentro de las piececitas mínimas, no soportaba entrar en los kilómetros de cielo abierto y se escondía bajo la manta” (Mairal, 2012: 192).

La experiencia de la desterritorialización se expresa en los personajes a través de un miedo apabullante e inexplicable ante la súbita e inesperada apertura del espacio representado por la figura del desierto.⁷ La “apertura” es, precisamente, el imperativo experiencial que la meseta/desierto ejerce sobre los sujetos acostumbrados a un territorio urbanizado, ordenado y perfectamente segmentado en un plano calculado y predispuesto de acuerdo con una planificación territorial arborescente. Semejante experiencia desconcierta por lo indeterminado de su extensión: no empieza ni termina en ninguna parte, sólo “es”. La apertura, por lo tanto, representa un índice de radicalidad que rompe con el precepto territorial de la segmentaridad, expresada de manera concreta en la facultad de dividir, clasificar y comunicar a través de la generación de fronteras artificiales: “Territoriality can be easy to communicate because it requires only one kind of marker or sign —the boundary. The territorial boundary may be the only symbolic form that combines direction in space and a statement about possession or exclusion” (Sack, 1983: 58).

De esta forma, en la medida que los personajes no pueden hacerse partícipes del espacio a través de la demarcación territorial, tampoco pueden habitarlo. Como gesto de resistencia, entonces, María y sus compañeros atraviesan la intemperie a través del movimiento nómada, recortando, generando caminos y estableciendo paradas a través de su tránsito, marcando con su propia existencia bisectrices que van generando un plano de habitabilidad provisional:

Não se trata, pois, do "espaço", mas de um espaço construído pelo ator, que comunica suas intenções e a realidade material por intermédio de um sistema sêmico. Portanto, o espaço representado não é mais o espaço, mas a imagem do espaço, ou melhor, do território visto e/ou vivido. É, em suma, o espaço que se tornou o território de um ator, desde que tomado numa relação social de comunicação. (Raffestin, 1993: 147)

Efectivamente, María es un actor que opera sobre el “espacio emergente” de la intemperie, que no se corresponde con el desierto histórico pre-nacional, sino

⁷ Para una consideración exploratoria de las implicancias del “desierto” en la configuración de la identidad argentina, ver: Halperin Donghi, Tulio (1992), Una nación para el desierto argentino; Rodríguez, Fermín (2010), Un desierto para la nación. La escritura del vacío; Pérez Gras, María Laura et al. “El ‘desierto’ y la construcción del marginal en la literatura argentina”.

que se establece como un nuevo espacio que se impone, a modo de palimpsesto, sobre la demarcación territorial argentina y sobre el entorno primigenio natural en el que el país se estableció. Esto explica que las condiciones de habitabilidad en la intemperie sean dinámicas e indeterminadas, permitiendo la coexistencia de diversos seres humanos y organizaciones sociales. La desertificación, por lo tanto, constituye un fenómeno de doble faz: temporalmente se identifica con la involución argentina, mientras que, espacialmente, se expresa como radicalmente abierto e indeterminado, en concordancia con la figura de la meseta rizomática.

En su interacción con este espacio emergente, María establece demarcaciones de orden sémico con una finalidad sin duda urgente y personal: “No se puede definir al individuo, al grupo, ni a la comunidad o a la sociedad, sin insertarlos a la vez en un determinado contexto geográfico, ‘territorial’” (Haesbaert, 2011: 19). Sin embargo, a diferencia de lo que sucedería con un espacio primigenio pre-nacional, la intemperie resiste la demarcación a través de una evolución constante y dinámica que fuerza a los actores a reinventar sus estrategias de vinculación con el espacio: “La tierra ya no era ni del que la pudiera comprar ni del que la pudiera sembrar, la tierra era del que la pudiera defender” (Mairal, 2012: 208).

Los cambios experimentados por los personajes de la novela son muestras claras de estrategias de reterritorialización improvisadas sobre la marcha, generada a partir de “agenciamientos” espontáneos: “Siempre hablamos, accionamos y pensamos desde un agenciamiento, es la línea imperceptible que atraviesa las ideas, los cuerpos, los elementos en juego, es el entremedio que sostiene todas las relaciones” (Sabatini en Herner, 2009: 164). A medida que los personajes cruzan la intemperie, los agenciamientos que motivan las relaciones sujeto-espacio (como el sembrar, comprar o habitar la tierra) cambian violentamente, desterritorializando y reterritorializando de manera súbita a personajes incapaces de adaptarse a sus nuevas condiciones materiales. Tal es la situación de la catástrofe: no es que el espacio en sí haya perdido su potencialidad para ser territorializado, sino que, a medida que la intemperie avanza, se revela que cualquier territorialidad impuesta sobre la meseta deviene inevitablemente en una línea de fuga que no representa la segmentaridad derivada de agenciamientos. Es decir, son fronteras que no demarcan, trazados que no significan: “No es que preexistan sino que se trazan, se componen y no se sabe de antemano lo que va a funcionar como línea de fuga, ni qué va a venir a interceptarla” (Herner, 2009: 163). En este sentido, todas las pérdidas narradas a lo largo de la novela, la falta de estabilidad material, emocional, simbólica e identitaria, tanto personales como colectivas, pueden circunscribirse ante el miedo a la desterritorialización absoluta, fenómeno que para Deleuze y Guattari, al menos teóricamente, no debería producirse: “La desterritorialización debe ser considerada como una fuerza perfectamente positiva, que posee sus grados y sus umbrales (epístratos), y que siempre es relativa, que tiene un reverso, que tiene una complementariedad en la reterritorialización” (2004: 60).

Frente al espanto de la desterritorialización absoluta, la potencialidad de la reterritorialización es una promesa que los personajes de la novela persiguen incesantemente en su transcurso por la meseta, especialmente María, pues es el

único devenir desde donde resulta al menos plausible plantear una expresión utópica de superación de la catástrofe que vaya más allá de las tensiones impuestas por el espacio a través de la cohabitación con el mismo, una estrategia de habitabilidad que, como veremos a continuación, se sustenta ostensiblemente en la capacidad de los personajes por aceptar la potencialidad indeterminada de su porvenir.

La condición utópica del territorio devastado

Tal como señalamos en un comienzo, una de las principales características de la literatura catastrofista es su potencial para evidenciar alternativas sociales y geopolíticas capaces de trascender los límites impuestos por los sistemas sociales establecidos. De esta forma, al menos potencialmente, la catástrofe puede ser interpretada como una oportunidad para el desarrollo de impulsos utópicos hasta entonces bloqueados o inexistentes. Sin embargo, como el análisis de la novela de Mairal evidencia, la experiencia de la intemperie, lejos de constituir un evento predecible o controlable, es dinámica, exponencial y rizomática, abriéndose y multiplicándose de manera impredecible, forzando, por lo tanto, una situacionalidad espacial que constante y reiteradamente desterritorializa a los personajes de la novela impidiendo su asentamiento y, por tanto, su capacidad para ejecutar cualquier tipo de plan para el futuro.

Volver al territorio para conceptualizar el potencial utópico de la catástrofe nos permite situar históricamente el impulso utópico dentro del metarrelato de la nación argentina al que la novela busca aludir. Siguiendo esta premisa, Mercier describe una potencial dimensión utópica existente tras la experiencia de la catástrofe, concluyendo, como ya lo han hecho otros,⁸ que

⁸ La cercanía más directa de este planteamiento es con la posición teórica de Krishan Kumar, quien concibe la utopía y la anti-utopía como “actitudes” históricas, abogando por un vínculo relacional entre ambas: “Like the religious and the secular, utopia and anti-utopia are antithetical yet interdependent. They are ‘contrast concepts’, getting their meaning and significance from their mutual differences” (1987: 100). Por otro lado, en su seminal estudio de 1990, *The Concept of Utopia*, Ruth Levitas sintetiza de manera muy efectiva las tendencias en lo que a conceptualización del fenómeno utópico se refiere, evidenciando dos: una centrada en la forma, desde la que se desprenden las lecturas antitéticas entre utopía y distopía en términos de contenido, y otra tendencia enfocada en la función, en donde el énfasis está puesto en los objetivos de las representaciones sociales y no necesariamente en los contenidos expresados (1990: 6). Dentro de la segunda línea, enfocada en la función, se encontraría también la teoría de L.T. Sargent, quien en su conocida taxonomía de diferentes “tipos utópicos” diferencia entre eutopía y distopía, pero mantiene la utopía —en el sentido del “impulso utópico” propuesto originalmente por Bloch— como una expresión neutra que sugiere un modo de expresión del utopismo, más que una intencionalidad específica derivada de una forma literaria o acción social concreta (1994: 9). En *Scraps of the Untainted Sky*, Tom Moylan sintetiza nuevamente estas tendencias, integrando la distopía a la discusión a través de la propuesta de un “Dystopian Continuum” (2000: 195) que diferencia entre formas literarias (de representación) y “antinomias históricas”, recuperando entonces las “actitudes” de Kumar como una variable determinante de la intención, mas no de la estructura de la obra utópica en cuestión. Esto le permite a Moylan distinguir entre diferentes representaciones literarias de actitudes ante el utopismo o el impulso utópico, diferenciando entre obras “épicas”, abiertas al impulso utópico, y “míticas”, cerradas al mismo (156). Llegado este punto, la “interdependencia” intuita por Kumar se convierte en la coexistencia de forma y función que describe Levitas: tanto eutopías como distopías, por lo tanto,

utopía y distopía, desde la óptica postapocalíptica, lejos de ser opuestos, constituyen categorías emparentadas que se requieren la una a la otra: “la forma distópica de índole posapocalíptica permite pasar por el trauma con el fin de orientarse hacia un estado utópico liberado de la carga melancólica pasada. La ficción distópica, según sus características, constituye bien la puesta en escena de una pesadilla histórica, pero permite a la vez reelaborar el trauma y reorientar el deseo” (2019: 130).

El núcleo del argumento de Mercier reposa sobre la convicción de que la catástrofe literaria es una forma de representación del trauma histórico:⁹ “se considera la historia como un proceso de generación de traumas colectivos” (123), postulado que se hace eco con la lectura ya aludida de la alegoría nacional argentina. Desde dicha posición, la autora vuelve sobre la idea de que “las ficciones distópicas latinoamericanas actuales tienen el mérito de dibujar los contornos de la esperanza” (128), apoyando esta declaración con la definición de la esperanza propuesta por Bloch en cuanto “emoción expectante”. A partir de ésta, concluye la autora que “la protagonista de *El año del desierto* no está a la altura del acontecimiento histórico y prefiere huir a un tiempo suspendido y falsamente utópico. Asimismo, en vez de presenciar un actuar de la protagonista con respecto a un empoderamiento histórico, se asiste solamente a su contemplación y aceptación pasiva de un proceso retrógrado de la historia traumática nacional” (124).

Resulta importante detenerse en la caracterización que la autora hace del movimiento de la protagonista como un “escape”, pues la acción de “escapar” sugiere una confrontación oposicional entre dos fuerzas que no pueden ni quieren coexistir: una que persigue (la intemperie, el espacio) y otra que huye (la protagonista, el territorio). Esto determina, por lo tanto, que el movimiento de María sea siempre reactivo, no propiciado por la fuerza de su convicción y/o voluntad creativa, sino por la necesidad impuesta ante la experiencia de la precariedad que implica la catástrofe. En constante estado de huida, María es incapaz de *crear* instancias utópicas; en cambio, sus acciones sólo pueden “reproducir” versiones históricas de proyectos sociales que no le pertenecen y que no representan la condición actual de su ser, como le sucede cuando trabaja como enfermera, limpiadora y prostituta.¹⁰ Karl Mannheim denomina a este tipo de imaginarios “utopías conservadoras”: “Meaning and reality, norm and existence, are not separate here, because the utopian, the ‘concretized idea’ is in vital sense present in this world” (1954: 209); es decir, representaciones de imaginarios

constituyen expresiones utópicas; sin embargo, la posición frente al utopismo no se encuentra prefijada por el marco discursivo o genérico de la obra, lo que permite relaciones de carácter complejo, críticas o, incluso, contradictorias.

⁹ Fabry et al. concuerdan con esta posición y acertadamente remiten a los planteamientos de Idelber Avelar en lo que se refiere al fenómeno de procesamiento del trauma histórico nacional: “Avelar opone el tropo de ‘símbolo’ (instrumento de la transacción metafórica, de la redondez transparente del mercado) al de ‘alegoría’ abogando por una reinterpretación benjaminiana de esta última que vincula con la irreductibilidad del duelo, la percepción de que el lenguaje no puede expresar completamente la experiencia dolorosa de la pérdida” (2011: 17-18)

¹⁰ Es indudable que en la representación de María se perfila una crítica de género clara respecto al rol histórico atribuido a la mujer en el desarrollo del proyecto nacional argentino.

sociales preexistentes a la experiencia de la catástrofe, que son actualizados en virtud de la necesidad de mantener el *statu quo* y no del deseo de transformarlo.

El que las acciones de los personajes sean motivadas por la urgencia del escape determina, en última instancia, su incapacidad para contener la evolución dinámica e inestable del espacio a través de la delimitación conceptual y física, lo que a su vez impide la reterritorialización anhelada. Como bien indica David Harvey, el “cierre” es una de las condiciones espaciales fundamentales para la formulación de cualquier utopismo: “Closure (the making of something) of any sort contains its own authority because to materialize any one design, no matter how playfully construed, is to foreclose, in some cases temporarily but in other instances relatively permanently, on the possibility of materializing others”. (2000: 196). Desde esta mirada, si el actor, utilizando la nomenclatura de Raffestin, es incapaz de cerrar, circunscribir o segmentar el espacio, éste no puede convertirse en territorio, y sin territorio no es posible proyectar la utopía. El escenario que Mairal describe durante el último tercio de la novela, con una intemperie que arrasa todo y en donde los personajes se encuentran en un permanente estado de acoso ante la voracidad del espacio, supondría la anulación absoluta de cualquier potencialidad utópica. Sin embargo, éste no es el caso.

Tras una brutal huida de los habitantes indígenas de la pampa denominados “braucos”, caracterizados como degradados, violentos y abusadores, María cae en manos de los “Ú”, otra tribu que, sin embargo, en nada se parece a sus captores pasados. A diferencia de los braucos, los Ú son comprensivos y acogen a María dentro de su cultura, ofreciéndole independencia y ayuda en sus momentos de mayor sufrimiento. Durante un período relativamente extenso, María vive entre los indígenas no como cautiva, sino como cohabitante y aprendiz de un modo de vida basado en el contacto con la naturaleza y el nomadismo: “Se sentía la alegría secreta de la selva bajo los grandes chubascos. Movimos el campamento varios kilómetros río abajo. Vimos pasar barcos que no nos vieron. Yo empecé a balbucear algo de ú” (Mairal, 2012: 285).

La reacción positiva de los Ú hacia María, quien es evidentemente una extranjera, se explica por el carácter precolonial de la tribu: “A diferencia de los braucos, guatos y turíes, los ú no son una degradación de la sociabilidad moderna/occidental, sino una cultura completamente desvinculada de occidente. No por casualidad son el lugar donde María encuentra el reposo y la felicidad” (Dabove y Hallstead en Mairal, 2012: 272). Este contacto con lo precivilizado ubica a María, por primera vez, dentro de un sistema epistemológico del que ella no participa, lo que la obliga a reconfigurar su sistema de significación y de relaciones, no sólo con los nuevos seres humanos con quienes comparte su vida, sino, también, con el espacio en el que se inserta.

La nueva relación que María adquiere con el espacio en el que habita le ofrece nuevos mecanismos de ordenamiento territorial que se alejan de la determinación semántica ejercida mediante el establecimiento de fronteras y se acercan, en cambio, a una relación de carácter funcional y flexible, similar a la conceptualización que hace Robert Sack, quien entiende el territorio a partir de su potencial para diferenciar, definir y controlar el acceso a personas o grupos de personas de acuerdo a intereses establecidos en base a la supervivencia (1983: 57). María, por lo tanto, al ser bienvenida por los Ú, se hace parte de un sistema

territorial que, si bien no le “pertenece” en el sentido de herencia intelectual (como sí sucede con la representación nacional de la vieja Argentina devastada), es asumido como propio a través de la experiencia cotidiana. Esta experiencia es lo que constituiría, para Mercier, el núcleo de la huida utópica “en el mito convencional del buen salvaje” (124), interpretación que reposa nuevamente sobre la capacidad de la protagonista de asumir su “responsabilidad histórica” en relación con la alegoría nacional de lo que alguna vez fue Argentina. Sin embargo, desde un punto de vista enfocado en la pertenencia e identidad, el episodio con los Ú es probablemente el único momento de la narración en que la protagonista no se ve forzada a seguir escapando, pues la profecía de la reterritorialización pareciera concretarse justamente en un espacio libre de las ataduras históricas del ex-país y sus traumas.

El tiempo que María pasa con los Ú expresa todo el potencial utópico de la catástrofe, pues en lugar de verse obligada a cargar con la imposición de su pasado nacional, la protagonista experimenta nuevas formas de habitabilidad. En términos de Rogério Haesbaert, se avanza de una lógica tradicionalmente territorial, centrada en la segmentación e identificación de los espacios como separados unos de otros, en donde el sujeto está “atado” a ciertos lugares simbólicos y físicos que determinan su identidad, a una conceptualización más flexible, móvil y acumulativa, denominada multiterritorialidad:

Más que un “territorio” unitario como estado o condición definidos de manera clara y estática, debemos priorizar, pues, la dinámica combinada de territorios múltiples o “multiterritorialidad”, mejor expresada por las concepciones de territorialización y desterritorialización, principalmente ahora que la(s) movilidad(ades) domina(n) nuestras relaciones en/con el espacio. Dicha dinámica se desarrolla en un continuum que va desde el carácter más funcional hasta el más simbólico, sin que uno de ellos esté dicotómicamente separado del otro (2011: 282)

Lo que la multiterritorialidad propone es la posibilidad de “superposición de la combinación particular de controles, funciones o simbolizaciones” (283) en la interacción con el territorio, lo que a su vez supone actores territoriales con la capacidad de desenvolverse de manera flexible en términos de pertenencia y agenciamiento. Esta posición, por lo tanto, asume la condición rizomática de la desterritorialización como punto de partida para la exploración de “territorios-red”:

Tal vez esta sea la gran novedad de nuestra experiencia espacio-temporal posmoderna, en que controlar el espacio indispensable para nuestra reproducción social no significa (solamente) ejercer control sobre zonas y definir “fronteras”, sino en especial vivir en redes, donde nuestras propias identificaciones y referencias espacio simbólicas se efectúan no solo en el arraigo y la (siempre relativa) estabilidad, sino en la propia movilidad. (2011: 231)

Desde una mirada multiterritorial no existe contradicción entre diferentes condiciones identitarias, dado que éstas se encuentran en un constante proceso de flujo, volviéndose adaptables y, esencialmente, funcionales. De esta forma, hacia el fin de la novela, no es posible identificar a María ni como Ú, ni como

argentina, sino que sólo se le puede caracterizar como un ser humano definido desde la multiterritorialidad, condición que es asumida de manera definitiva al final de la novela cuando el retroceso definitivo de la nación obliga a María a abandonar lo que fuera Argentina para asumirse en relación con su ascendencia irlandesa. Este cierre conecta con el primer capítulo de la novela en donde la protagonista, desde Irlanda, recorre su memoria mediante trazados cartográficos en busca de los lugares de su pasado: “Eso no se deshizo, no se perdió; el desierto no me comió la lengua. Ellos están conmigo si los nombro, incluso las María que yo fui, las que tuve que ser, que logré ser, que pude ser” (Mairal, 2012: 2). En esta declaración de autodescubrimiento, se manifiesta la identidad multitudinaria propia de la condición multiterritorial de la protagonista, quien se perfila desde el comienzo como una verdadera habitante de la meseta que ha asumido su condición fluctuante en relación con los espacios en los que se ha visto inserta, libre de la carga simbólica impuesta por el trauma histórico nacional argentino.

De esta manera, tal como adelantábamos en un comienzo, la verdadera dimensión utópica de la catástrofe no se encuentra en la producción de imaginarios sociales, sino en el acto de descubrir y reterritorializarse en territorios Otros, asumiendo el “Aún-No” blochiano como un imperativo creativo y no como una profecía fatídica: “Bloch represents utopia as a form of anticipatory consciousness. The central idea of *not yet* carries the double sense of *not yet* (but expected, a future presence) and still *not* (a current absence and lack)” (Levitas, 2013: 6). La emergencia territorial suscitada por la catástrofe en *El año del desierto* se ajusta a esta descripción: en la acepción emparentada con “urgencia”, la emergencia de la catástrofe efectivamente expresa la condición carente de lo no-manifiesto, de lo que la crisis negó, de lo que el Estado nunca solucionó, de lo que el país pudo ser y, sin embargo, nunca fue. Al mismo tiempo, por otro lado, de la catástrofe emergen también condiciones de habitabilidad nuevas e indeterminadas, como la posibilidad de existir multiterritorialmente en territorios-red articulados no a partir de fronteras y demarcaciones histórico-políticas, sino de experiencias e identidades afectivas, fluctuantes y en fuga.

Conclusiones

El análisis en torno a *El año del desierto* reafirma la conciencia funcional del impulso utópico, que surge no de manera espontánea, sino como un planteamiento reactivo que interpela directamente las condiciones de vida de los seres humanos democráticos y neoliberales. La experiencia de la catástrofe, en este sentido, actúa como el motor de la creatividad utópica, otorgando urgencia de vida o muerte a una realidad que, en riesgo de desaparecer para siempre, debe ser repensada de manera inmediata y espontánea. En el caso de la novela de Mairal, esta urgencia es representada de manera explícita en la forma en la que el territorio argentino se deconstruye, abriendo paso a la indeterminación rizomática de la meseta y el espacio abierto del desierto que los personajes deben aprender, de una u otra manera, a habitar.

La indeterminación espacial impuesta por la intemperie, que constantemente desterritorializa los espacios y fuerza una permanente

fluctuación dinámica de fronteras y líneas de fuga, imposibilita la proyección y concreción de cualquier proyecto social estable, lo que resta a la utopía de uno de sus componentes centrales: la posibilidad de cerrar y circunscribir la realidad a una dimensión territorial controlada. Esto explica por qué todos los intentos de María por ser feliz a lo largo de las diferentes etapas de la involución del Estado nacional argentino están condenadas al fracaso: la intemperie anula los proyectos sociales que se erigen desde el control del territorio y la determinación del espacio, por lo que pareciera que la única alternativa posible es la degeneración absoluta, como sucede con los braucos.

Sin embargo, así como la catástrofe elimina una dimensión del territorio, también abre otras. Si, como planean Deleuze y Guattari, no es posible vivir por siempre desterritorializados; si requerimos efectivamente de una situacionalidad desde donde operar para definir y definirnos, como sugiere Haesbaert, y si dicha situacionalidad sólo puede darse a partir de un ejercicio consciente de territorialización, entonces la condición utópica del espacio devastado no es de carácter espacial, sino *procedimental*. No se trata de “crear” sociedades utópicas, entendiendo con esto el acto de cargar de contenido simbólico territorios ideales proyectados sobre espacios imposibles de delimitar; sino que, por el contrario, se trata de desarrollar estrategias de habitabilidad que resulten viables en la indeterminación del espacio devastado, de ser habitantes de la meseta, como María, asumiendo cada una de las territorialidades espontáneas que nos cruzan en el transcurso sostenido del caos y la destrucción como potencialidades acumulativas que eventualmente pueden tomar formas en experiencias de habitabilidad utópicas, multiterritoriales, abiertas a la acumulación y a la formación de territorios-red, compuestos no por delimitaciones espaciales, sino por vínculos nacidos de la experiencia en común de la precariedad y el sufrimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- ARADAU, Claudia y RENS VAN MUNSTER (2011), *Politics of Catastrophe. Genealogies of the Unknown*. Nueva York, Routledge. DOI: <<https://doi.org/10.4324/9780203815793>>.
- BECERRA, Eduardo (2016), “De la abundancia a la escasez: distopías latinoamericanas del siglo XXI”, en *Cuadernos de Literatura*, vol. XX, n.º 40, pp. 250-263. DOI: <<https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl20-40.aedl>>.
- BLACKBURN, Richard James (1990), *The Vampire of Reason: An Essay in the Philosophy of History*. Londres y Nueva York, Verso.
- BLOCH, Ernst (1995), *The Principle of Hope*. Neville Plaice, Stephen Plaice y Paul Knight (trad.). Cambridge, MIT Press.
- CAMPISI, Nicolás (2019). “El retorno de lo contemporáneo: crisis e historicidad en *El año del desierto* de Pedro Mairal” en *Cuadernos LIRICO*, n.º 20. DOI: <<https://doi.org/10.4000/lirico.8361>>.
- DABOVE, Juan Pablo y HALLSTEAD, Susan (2012), “Introducción”, en *El año del desierto*. Florida, Stockero.

- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix (2004), *Mil Mesetas*. Vásquez Pérez, José y Larraceleta, Umbelina (trads.). Valencia, Pre-Textos.
- DOLL, Martin (2010), “The Topoi of Utopia: A Topology of Political Tensions”, en *Tension/Spannung*. Holzhey, Christoph F. E. (eds.). Vienna, Turia + Kant, pp. 207-226.
- DRUCAROFF, Elsa (2013), “Narraciones de la intemperie. Sobre *El año del desierto*, de Pedro Mairal y otras obras argentinas recientes”, en *El interpretador*. Consultado en <<http://lunesporlamadrugada.blogspot.com/2010/06/narraciones-de-la-intemperie.html>> (01/01/2020).
- DOMINGO, Andreu (2008), *Descenso literario a los infiernos demográficos*. Barcelona, Anagrama.
- FABRY, Geneviève; LOGIE, Ilse y DECOCK, Pablo (eds.) (2010), *Los imaginarios apocalípticos en la literatura hispanoamericana contemporánea*. Bern, Peter Lang. DOI: <<https://doi.org/10.3726/978-3-0353-0300-1>>.
- GARFORTH, Lisa (2018), *Green Utopias*. Cambridge, Polity Press.
- HAESBAERT, Rogério (2011), *El mito de la desterritorialización. Del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*. Canossa, Marcelo (trad.). México DF, Siglo XXI.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1992), *Una nación para el desierto argentino*. Tucumán, Centro Editor de América Latina.
- HARVEY, David (2000), *Spaces of Hope*. Edinburgh, Edinburgh University Press.
- HERNER, María Teresa (2009), “Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari”, en *Huellas*, n.º 13, pp. 158-171.
- KUMAR, Krishan (1987), *Utopia and Anti-Utopia in Modern Times*. Oxford, Basil Blackwell.
- LEVITAS, Ruth (2013), *Utopia as Method. The Imaginary Reconstitution of Society*. Londres, Palgrave Macmillan.
- LEVITAS, Ruth (1990), *The Concept of Utopia*. Oxfordshire, Peter Lang.
- MAIRAL, Pedro (2012), *El año del desierto*. Dabove, Juan Pablo y Hallstead, Susan (eds.). Florida, Stockcero.
- MANNHEIM, Karl (1954), *Ideology and Utopia. An Introduction to the Sociology of Knowledge*. Wirth, Louis y Shils, Edward (trads.). Londres, Routledge.
- MERCIER, Claire (2018), “Distopías latinoamericanas de la evolución: hacia una ecotopía” en *Logos*, vol. 28, n.º 2, pp. 233-247. DOI: <<https://doi.org/10.15443/RL2818>>.
- MERCIER, Claire (2019), “Ficciones distópicas latinoamericanas: elaboraciones esquizo-utópicas”, en *Aiethesis*, n.º 65, pp. 115-133.
- MONTOYA JUÁREZ, Jesús (2016). “Hacia una arqueología del presente: Cultura material, tecnología y obsolescencia”, en *Cuadernos de Literatura*, vol. 20, n.º 40, pp. 276-293. DOI: <<https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl20-40.hapc>>.
- MOYLAN, Tom (2000), *Scraps of the Untainted Sky. Science Fiction, Utopia, Dystopia*. New York: Routledge. DOI: <<https://doi.org/10.4324/9780429497407>>.

- PÉREZ GRAS, María Laura; BALDRICH, Corina y LEMO, Matías (2012), “El ‘desierto’ y la construcción del marginal en la literatura argentina”, en *Gamma*, n.º4, pp. 150-172.
- RAFFESTIN, Claude (1983), *Por una geografía do poder*. Franca, María Cecilia (trad.). Sao Paulo, Ática.
- RODRÍGUEZ, Fermín (2010), *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- SACK, Robert D. (1983), “Human Territoriality: A Theory” en *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 73, n.º 1, pp. 55-74.
- SARGENT, Lyman Tower (1994), “The Three Faces of Utopianism Revisited” en *Utopian Studies*, vol. 5, n.º 1 pp. 1-37.
- SCHROEDER, Catalina (2013), “El año del desierto, de Pedro Mairal: Notas para una recepción crítica”, en *Revista Garrafa*, n.º 32, pp. 28-39.
- SUVIN, Darko (1973), “Defining the Literary Genre of Utopia: Some Historical Semantics, Some Genology, a Proposal and a Plea”, en *Studies in the Literary Imagination*, vol. 6, n.º 2, pp. 121-145.
- ZIMMER, Zac (2013), “A Year in Rewind, and Five Centuries of Continuity: *El año del desierto*’s Dialectical Image”, en *MLN*, vol. 128, n.º 2, pp. 373-383. DOI: <<https://doi.org/10.1353/mln.2013.0019>>.